

*Desencuentros* (segunda entrega)

Buzo de nostalgias.

6.

La noche empezaba a caer y Santiago se sentía agotado. Los recuerdos le habían hecho perder la noción del tiempo y necesitaba comer algo y descansar. Vislumbró a lo lejos una casa de tabiques rojos y teja, con una chimenea humeando. Al lado se veían unas mesas de lámina con la inscripción de "Corona". Al ver que no había ningún rastro de motel, decidió estacionar el coche y pedir posada en esa casa. Un señor ya mayor con un enorme poncho de lana gris le abrió la puerta.

- Disculpe la hora señor, no encuentro hotel y estoy muy cansado, quisiera ver si ustedes me pudieran alojar por una noche, el dinero no es problema, yo...

La mirada ácida y penetrante del hombre con los ojos rojizos que delataban su arduo día en la parrilla de carbón, le hizo darse cuenta de su error. Santiago sintió que el señor le susurraba al oído: "¡Ay! este chamaco, seguramente de la ciudad, sólo pensando en dinero".

Santiago bajó la cabeza en tono de disculpa por su impertinencia y entró al ver que se le invitaba pasar.

- Si no le incomoda joven, puede dormir en el cuarto de mi hijo, que ya no vive con nosotros, mi mujer lo mantiene limpio como si estuviera. Hay un catre y unas cobijas, hace frío en la madrugada por estos lugares.

Santiago, agradeció al señor y se le quedó mirando antes de dirigirse al lugar que le mostraba el viejo.

- Capaz que te crujen las tripas, ahora le pido a Leoncia que eche unas tortillas al comal.

A la mañana siguiente, el dulce olor a atole y tamales despertó a Santiago. Había caído profundo después de los tacos de barbacoa que le había preparado la señora, una gorda con las palmas lisas de tanto amasar. Santiago se sentó en la mesa de madera frente al fogón. Tomó la tasa humeante que se le ofrecía y respiró hondo. Hacía tiempo que no dormía tan bien. La paz que se respiraba en este lugar y el estar alejado del mundo que nunca escogió, pesaban más que el duro catre medio roto en dónde había pasado la noche.

Nadie hablaba. Los dos viejos intercambiaban miradas cansadas y de vez en cuando echaban un vistazo de reojo a Santiago que no osaba romper ese silencio tan perfecto. Cuando el viejo se retiró de la mesa para preparar las parrillas que más tarde servirían tasajo bien dorado, la señora fijó la mirada en Santiago.

- Muchacho, ¿te podría leer las cartas?

La intervención fue rápida y precisa y sin siquiera esperar una respuesta, la vieja se había levantado y extendía sobre la mesa una cartas sucias con signos extraños.

Santiago nunca había creído en supersticiones y demás charlatanerías. Es más, hasta se burlaba de sus amigas que leían el tarot o de su amigo Ernesto que le contaba sobre su místico encuentro con chamanes en el centro del país. Después de esa mirada penetrante que fluyó como ron ardiente por su cuerpo, Santiago se quedó pasmado mirando los movimientos ágiles y rápidos de la señora, clavado a su silla, embrutecido.

- Leoncia, otra vez con tus estupideces. Me cae que agarras al primer incauto para tus brujerías esas.

Santiago se estremeció un poco al oír la palabra "brujería", pero siguió quieto, concentrado en las extrañas cartas que formaban círculos sobre la mesa. De pronto, la vieja se detuvo, puso el resto de las cartas en una pequeña pila y se quedó mirando al infinito. Su mirada reflejaba preocupación, pero estaba envuelta de una ternura maternal casi compasiva. El silencio era ensordecedor y Santiago no pudo resistir aquella tensión. Irrumpió:

- Disculpe, ¿pero qué es lo que vio, señora?

La vieja le tomó las dos manos uniendo las palmas de Santiago. Su piel era dura como la de un elefante, pero el candor era agradable.

- Mira muchacho. Tienes un aura envidiable, única. Puedo ver que naciste con algo extraño que podría parecer insignificante, pero que te dota de una sensibilidad privilegiada.

Santiago se estremeció. Era su dedo, su sexto dedo del pie izquierdo del cual le hablaba la señora.

7.

Jorge, el esposo de Lucía era un adicto al trabajo. Llegaba muy tarde en las noches y muchas veces se iba antes del desayuno. Como pareja tenían muchos pleitos derivados de la obsesión de Jorge por su trabajo. Llegaba al extremo de dormir con su *blackberry* en la cabecera y este aparato electrónico que era propiamente la extensión de su oficina, sonaba a cualquier hora. La respuesta era siempre la misma: "tengo que estar disponible, a cualquier hora, en cualquier lugar."

Lucía siempre había trabajado, pero nunca se imaginó que el trabajo pudiera llegar a convertirse en una verdadera adicción. No estaba segura si era un barril sin fondo a la soberbia y prepotencia de su marido, si era una cuestión de poder y control, o bien simplemente una forma práctica de llenar el vacío que tenía dentro, el miedo a encontrarse consigo mismo. Con el tiempo, Lucía aprendió que en la vida todo se reduce al poder. Descubrió, con un dejo de amargura, que las relaciones de pareja también se someten a las reglas de la negociación y sobre todo del poder. Le bastaron algunos duros golpes para darse cuenta de aquello y para que su idea romántica del amor se fuera diluyendo poco a poco. Todo, absolutamente todo tenía que ver con el poder. Desde el tono de las llamadas de teléfono, hasta las discusiones sobre la escuela de los hijos. Lucía, acostumbrada a ganar las batallas y a convencer a sus interlocutores con argumentos sólidos y efectivos, tuvo que dejar pasar muchas de estas discusiones absurdas. Con el tiempo, se volvió renuente a las discusiones sobre temas insignificantes y dejaba que su

esposo tomara la decisión final. "Si el controlar tanta estupidez le da gusto, bueno pues adelante", pensaba Lucía. Había veces que se compadecía de su esposo, era normal, como buen macho tenía que sentir que controlaba a su hembra para que no se le saliera del huacal. Era impresionante como una simple llamada de teléfono al celular, le daba a Jorge una ilusión pasajera de control sobre Lucía.

- ¿En dónde estás? ¿Qué haces? ¿Le llamaste a los invitados para confirmar la cena de hoy?

En el fondo, Jorge sabía que nunca podría controlar a Lucía, ni en sus sueños más sádicos. Lucía entendió, después de años de peleas y discusiones maritales que no le llevaron a ninguna parte, que había que aprender a jugar el juego de la casita, y que aquello no tenía por que afectarle. Como una tortuga, fue construyendo un caparazón cada vez más fuerte, que le permitía ser la madre-esposa dócil en apariencia, sin que esto le trastocara su verdadero ser.

La soledad no le asustaba en lo más mínimo, de hecho, muchas veces era ella quien la anhelaba profundamente. En algunos eventos sociales, como graduaciones o fiestas familiares, Lucía daba siempre una vuelta y observaba el teatro a su alrededor. Se negaba a formar parte de él, le parecía todo tan falso, estaba harta de pretender escuchar conversaciones ridículas sobre los temas más absurdos posibles, o bien sonreír con una hipocresía que le costaba trabajo disimular. En esos momentos de abstracción, Lucía sólo pensaba en el momento en que sería liberada e irse a refugiar a su cuarto y sumergirse en las profundidades de alguna novela.

Lucía no era tan incrédula para pensar que el matrimonio sería la solución a sus problemas o el candor a su vida. Sin embargo, tampoco imaginó que fuera a ser una experiencia cruel que la arrastraría por tantos años y le extirparía sus ganas de vivir. Después de una violenta y álgida luna de realidad, la relación de pareja se volvió muy distante. Jorge siguió viajando como loco, y sólo se veían los fines de semana. Éstos últimos, no eran más que un cúmulo agotador de eventos familiares y sociales. Lucía era la que tenía que tomar siempre la iniciativa para salir de la rutinaria tabla de *Excel* que le imponía su esposo: organizar un pic-nic, ir a algún museo o bien simplemente leer juntos en la cama. Jorge la miraba con ojos de burócrata cansado y a veces accedía de mala gana. Con el paso del tiempo, la espontaneidad y alegría de Lucía se fueron esfumando mientras se iba incrementado el número de anillos y joyas que Jorge le regalaba en cada aniversario.

8.

Al nacer su hijo, los doctores le entregaron a Katia un paquete bien envuelto con un rozagante bebé. Volteó a ver a su marido para compartir esa felicidad y se encontró con una cara gélida. Angustiada, Katia desdobló el paquete de carne trémula que le había entregado el doctor, para descubrir la fuente de la angustia: Un sexto dedo se agitaba en su pie izquierdo.

La operación para eliminar el sexto dedo podría acarrear problemas en la edad adulta, sería muy doloroso con el crecimiento y podría hasta impedir en algún momento el apoyar el pie completamente sobre el suelo.

Los padres preocupados, no se limitaron a la opinión de los médicos mexicanos, y aunque en ese momento no tenían mucho dinero, una tía rica de Katia les pagó el pasaje y la consulta de un especialista en Houston. Fue inútil, el médico les confirmó el diagnóstico que les habían dado: no había nada que hacer. Tendrían que explicar al niño que era una cuestión menor, que no representaba ningún problema y darle seguridad para que él aceptara a ese ente extraño como parte íntegra de sí mismo.

Santiago tuvo que soportar la burla de sus compañeros de clase en la natación, pero esto no fue más allá. Ya de adulto, Santiago se sentía a veces incómodo con su sexto miembro, sobre todo cuando hacía el amor con alguna mujer. Algunas se sorprendían, otras no se daban cuenta y sólo una entendió que esa parte ínfima del cuerpo de Santiago era algo especial, y hasta llegó a encariñarse de éste, como un

niña que mima a su muñeco favorito. Esa mujer, su único y verdadero amor, era Renata.

9.

Lucía había viajado mucho. A menudo recordaba aquel viaje ecuestre al sur de Irlanda, aquella playa inmensa, aquella carrera. Lucía tuvo que animar poco a su yegua que ya había emprendido la fuga y se lanzaba hacia delante con una fuerza brutal. Apretó fuerte las piernas y se levantó ligeramente sobre los estribos acompañando al caballo en su movimiento, sus manos entrelazando las riendas y la larga crin del animal. La respiración de Lucía era intensa, como la del caballo, el chasquido de las patas, el olor a mar, el roce con el cuerpo húmedo y jadeante del animal. Al llegar a la meta, Lucía tuvo dificultades en detener a su yegua, intentaba dar círculos, pero el animal se resistía. Finalmente se detuvo. Lucía volteó, el grupo la esperaba a lo lejos.

- Ya habías ganado Lucía, no era necesario seguir así. Pobre animal, le dijo su guía.

Orgullosa, Lucía intentaba recuperar la respiración como un amante agotado. Al finalizar la carrera, los jinetes amarraron a sus caballos y entraron a un *pub* que se encontraba a un lado de la playa en dónde tomaron un café irlandés. Al primer trago, Lucía sintió como el whisky ardiente se le subía a la cabeza. Estaba feliz y reía a carcajadas. Era casi el atardecer y la terraza del *pub* ofrecía una vista panorámica de la playa y los acantilados de la región de Killarney.

De pronto la vista de Lucía se dirigió al otro extremo de la terraza en dónde un grupo de hombres reía a sus anchas. Todos parecían borrachos salvo uno que le llamó la atención. Era un hombre con grandes cejas y el seño fruncido, con unos ojos verde olivo penetrantes que se le quedó mirando fijamente, casi sin parpadear. Su mirada era de una melancolía indescriptible. Lucía respondió con una apacible sonrisa. El hombre intentó corresponder, pero la dureza de su cara calcificada se lo impidió. Nunca había visto una expresión tan pura de la soledad. En ese momento Lucía sintió como su cuerpo dejó de flotar en esa aura tan placentera, mezcla de la felicidad condensada con el alcohol, para aterrizar con violencia en la realidad. Salió del *pub* con el alma dolida. Le costó trabajo volverse a subir al caballo, le dolían las piernas y la cabeza le daba de vueltas. Como quien pone el piloto automático, Lucía regresó con el grupo a su pequeño hotel, que iba cambiando cada día según el recorrido. Antes de cenar, Lucía tomó un baño. El agua hirviendo recorría su piel, el vapor era denso. Lucía saboreó con máximo cuidado cada instante. La esperaba en el comedor del pequeño *inn* una sopa caliente de poro y un estofado de carne con papas.

Recordaría ese día toda su vida. Sin embargo, aquella mirada del señor de los ojos color olivo, le había dejado una profunda tristeza. Era como si de pronto, todo el dolor humano, toda la melancolía del universo, se hubiesen condensado en la mirada de aquel hombre.

10.

Santiago no podía dejar de pensar en las palabras de la vieja. Una voz interna le decía que se olvidara de esas estupideces, que como era posible que llegara a creer semejantes disparates. Sin embargo, no podía dejar de pensar en cómo la vieja había adivinado lo de su sexto dedo, era evidente que se refería a esa ínfima parte de su cuerpo, no cabía duda.

Con la mención del dedo, Santiago no pudo evitar pensar en Renata. Llevaba mucho tiempo de no verla. Como un cangrejo ermitaño se había cerrado al mundo y no había querido pensar más en el asunto. El dolor era demasiado fuerte y Santiago optó, durante los meses posteriores al rompimiento, en sumergirse en sus pilas de contratos y quedarse hasta tarde en el despacho. Quizás las fotografías decadentes que estaba tomando últimamente eran una forma inconsciente de tocar ese dolor tan intenso que se delataba a través de su cómplice que nunca mentía: su cámara. Ahora, el recuerdo de Renata, su voz, su olor, lo perseguirían a lo largo de este viaje de un mes. Tendría que exorcizar cualquier recuerdo de Renata, exprimirlo y purgarlo para olvidarla. La señora de la cabaña que le había leído las cartas había vuelto a abrir una herida que él pensaba ya cerrada.

Santiago llegó a la ciudad de Oaxaca en dónde se instaló varios días en una pequeña posada en el centro de la ciudad.

11.

Sentada en una banca frente al museo de arte moderno, Lucía estiraba los pies. En esos breves momentos de paz, lejos del ruido de los coches, de los niños, pero sobre todo de sus amigas de café, hipócritas hasta la médula, era feliz. ¿Qué he hecho con mi vida?, pensaba. Se sentía muerta por dentro, como una manzana que brilla por fuera pero que se va pudriendo poco a poco.

Anhelaba a sus amigos intelectuales, las pláticas en los cafés turcos cerca de la universidad, el desmadre, y porqué no los fajos clandestinos y las borracheras interminables. Lo que más extrañaba de su estancia en Nueva York, en dónde estudió la maestría, era el anonimato. Ir y venir sin importar la hora, sin que nadie la juzgara, sin prisas, sin miedos. En México, vivía en una cárcel social sin escapatoria. Las pocas veces que lograba huir de su casa, de los niños o de su esposo para ir al cine o sentarse sola en una barra de sushi o en un café con su libro, no faltaba el encontrarse a algún conocido que la mirara como ostión rancio. Lucía había concluido que aquellas arpías que con su sonrisa hipócrita preguntaban: "¿Vienes sola?, si quieres siéntate con nosotros", eran unas pobres imbéciles que ansiaban su valentía y libertad. A cuantas de esas viejas no se les antojaría hacer lo que yo hago sin tener que pedirle permiso a sus esposos, pensaba mientras declinaba la oferta de sentarse con ellos.

Cada día, Lucía veía como se iba marchitando. Su creatividad estaba por los suelos, había perdido a las pocas amigas que realmente le interesaban. Algunas se

habían ido al extranjero y otras, como ella, se habían transformado en grotescas amas de casa con apellidos compuestos, con *suburbans* último modelo, hijos vestidos como príncipes, casas en Valle de Bravo y *golden retrievers*. En eso pensó, ¿Pero que no me estaré yo también prostituyendo al estilo mujer bonita de las Lomas? No, eso sí que no. Jorge su esposo le había dado buena vida, pero Lucía no había llegado al extremo de otras de sus amigas. Había logrado mantener cierta libertad frente a su esposo y frente al mundo. Estaba cansada, no había sido una lucha fácil y ahora, sentada en esa banca, se preguntaba si realmente había valido la pena.

- Hola Paula, mira estoy cerca de tu casa, ¿te puedo pasar a saludar? No, no me pasa nada, sólo tengo ganas de platicar un poco.

Tocó el timbre. Paula la recibió con un gran abrazo. Su casa era fría, minimalista y decorada por varios diseñadores que no le dejaban mover ni un marco sin su autorización.

- Ricarda, por favor tráenos un té, en la charola de plata.

Lucía miró a su alrededor. Paula vestía un entallado conjunto azul marino con una mascada *Hermés* de aves salvajes. Desde su operación, siempre tenía pronunciados escotes. Sentía como esos pasillos de mármol blanco, esa blusa entallada y esa cara restirada, la alejaban de su amiga.

El té llegó a los pocos minutos. Lucía cruzó la pierna. Miró hacia el suelo. Sus mocasines parecían dos tanques al lado de las finas sandalias de su amiga.

- ¿Por qué tan guapa Paula, a dónde vas?

- No hombre, si estoy hecha una facha. Oye, sonabas un poco triste en el teléfono, ¿qué te pasa?

Habían sido cómplices, amigas y hasta amantes. Se habían conocido en la universidad, las dos estudiaban cine, eran otros tiempos. Lucía y Paula eran inseparables, ña y mugre y gozaban de la exclusividad de ser mejores amigas, título que no podía compartirse con nadie más. "En la vida sólo hay una mejor amiga. Y eres tú", le había dicho Paula a Lucía. Las dos eran muy populares en la universidad, guapas y con muchos galanes. No había secretos entre ellas. Lucía recordaba aquellas noches en las que se quedaban platicando hasta el amanecer, en dónde las confianzas de una le ponían la piel chinita a la otra, en dónde la oscuridad era su gran aliado.

El roce de la mano de Paula en su hombro la hizo estremecer.

- Pero que misteriosa andas Lucía, ya cuéntame que estoy comiendo ansias.

Una de esas noches, Paula le había dicho sin miedo: "Lucía, ya no soy virgen." Ella, no osó preguntar más. Sintió que alguien más había roto ese pacto tan frágil, ese título tanpreciado, tan ingenuo, el de mejor amiga.

-No sé que me pasa Paula, me siento triste y sola, siento que ya no soy la misma.

- ¿Tienes problemas con Jorge, verdad? Lo sabía. Ese hijo de la fregada...

Lucía se estremeció. Por un momento desapareció esa casa helada llena de sirvientes y enormes marcos de plata. Sintió el calor de Paula. Estaba ahí.

Estaba ahí, como esa noche, esa única noche. Era el invierno, lo recuerda bien. Habían regresado de la universidad después de una larga jornada de clases. Estudiaban una maestría en cine en Nueva York y compartían el mismo departamento. Estaban exhaustas y eran a penas las cinco de la tarde. A esa hora, ya casi era de noche. "Te preparo un té", le había ofrecido Paula mientras ella se metía a bañar. El chorro de agua caía con suavidad sobre su piel, el vapor se había apoderado de toda la pieza. Lucía oyó como la puerta se abría con cuidado y vio como Paula posó la taza de té humeando frente al lavabo y se le quedó viendo fijamente a través del cristal de la regadera. Después de unos minutos, Paula salió sin decir nada. Lucía se secó y se bebió la taza de té. Al salir, todas las luces estaban apagadas, salvo por una lámpara de buró que iluminaba la espalda de Paula. Lucía se acercó, puso su mano en el hombro de Paula para desearle buenas noches. Paula se volteó y le acarició el pelo y la cara. Lucía iba a decir algo, pero Paula le puso el dedo en la boca en señal de silencio y apagó la luz. Sintió como Paula le acariciaba el cuello y su mano iba bajando poco a poco, con roces muy suaves con movimientos circulares. La respiración de Lucía era cada vez más fuerte. Sintió los labios de Paula al mismo tiempo que sus dedos rodeaban su pezón firme. Se amaron en silencio hasta el amanecer.

Cuando Lucía se despertó, Paula ya no estaba en la cama. Se levantó y la vio de espaldas en la cocina. Se acercó suavemente y le puso las manos en la cintura. Paula se retiró de un solo movimiento. Las amigas no hablaron durante todo el desayuno y nunca se volvió a tocar el tema. Lucía supo desde ese momento, que su amistad con Paula no volvería a ser la misma.

- No, no, te juro que Jorge no es el problema. Ya ni siquiera nos peleamos, eso es lo que me preocupa, ya ni siquiera eso Paula. Vivimos como extraños bajo el mismo techo. Soy yo, no sé que me pasa, me siento tan sola.

12.

Se conocieron en un viaje que Santiago hizo a París. Después de terminar la preparatoria, el padre de Santiago quiso que su hijo tuviera la oportunidad de vivir algunos meses en Europa, y Santiago escogió París en dónde tomó unos cursos de fotografía con un prestigiado fotógrafo de paisaje. Era el otoño, la mejor época del año para perderse en sus callejones, tomar el aire fresco desde una banca al lado del Sena o disfrutar de un helado sin tener que hacer colas en l'*Ile Saint Louis*. Ahí fue en dónde conoció a Renata. Santiago la había observado desde que salió de la estación de metro y la siguió. No podía dejar de admirar su belleza, pero sobre todo su naturalidad, la forma clásica de vestir, el pelo corto un poco despeinado, nada de maquillaje. Ella se detuvo frente al puesto de los famosos helados *Berthillon* y siendo el único ahí con ella, se animó a sonreírle cuando se cruzaron las miradas. Santiago no estaba seguro, pero le daba la impresión de que también era mexicana, y a los pocos minutos se atrevió.

- Yo también soy chilanga, dijo Renata.

Renata estaba estudiando pintura en París. Sin más preámbulo, en la siguiente hora, sentados en las mesas exteriores de un café, Santiago y Renata habían ya establecido una intimidad particular, como dos amigos que se conocen desde años, se dejan de ver y se reencuentran para contarse lo que les ha sucedido en los últimos meses.

Hacía tiempo que Renata no conocía a alguien tan interesante. La naturalidad de sus palabras, la forma de mover las manos, la frescura de su mirada. Después del café, caminaron un rato juntos. Los dos tenían ganas de abrazarse, de besarse, pero se contuvieron. Quizás, si

alguno de ellos hubiera sido extranjero, habrían acabado de inmediato en el departamento de alguno de los dos. Sin embargo la nacionalidad que los unía permeó un suave pudor, una capa que ninguno se atrevió a romper en ese momento. Santiago tragó saliva y se despidió con un beso en la mejilla de Renata. En la boca de la estación de metro, hicieron lo clásico: intercambiar teléfonos y quedarse de ver la semana siguiente. Santiago deseaba con fuerza verla al día siguiente, todos los días, pero Renata se resistió y comentó que tenía una entrega, y que seguramente los siguientes días se encerraría en su departamento.

Una semana después, se encontraron en un *bistro* escogido por Santiago en le *Marais*. Ella vestía unos pantalones de lana grises y una blusa blanca. Los dos con ligeras gabardinas que eran ya necesarias para la época del año. Ahora, sin prisa y fuera de las inevitables preguntas de quienes no se conocen, Renata y Santiago comieron, rieron y bebieron hasta que un mesero les indicó que tenían que cerrar el local. Renata no paró de reír y Santiago se esmeró en contar sus anécdotas más divertidas. Santiago ofreció acompañar a Renata hasta su departamento que quedaba no muy lejos. La noche era fresca e invitaba al paseo. Al despedirse, Santiago no pudo resistir y la abrazó con fuerza, seguido por un beso. Se había armado de fuerzas, las manos en los bolsillos de su gabardina, listo para partir sin ningún otro premio, cuando Renta lo invitó a pasar a su departamento. Al subir las escaleras al quinto piso, Santiago no dejaba de pensar en la suerte que había tenido e intentó seguir la conversación para disimular un poco su alegría. Ya casi sin aire, respiró el fuerte olor a pintura y aguarrás que se mezclaba al olor a madera vieja del ático en que vivía Renata. Lienzos ocres tapizaban las paredes del pequeño estudio con el techo cortado. Santiago

tuvo dificultad entre los besos y caricias, de encontrar la ínfima cama para lanzarse en ella.

Santiago y Renata compartían, entre muchas otras cosas, la pasión por el arte. Renata desde la preparatoria, pese a la tenaz oposición de sus padres, había tomado una decisión y nadie podría interferir: quería ser pintora. Tuvo que convencer en secreto a su abuela paterna, rica y viuda que sólo veía como consentir a sus nietos, para que le diera una buena cantidad de dinero para vivir un año en París y estudiar arte. No tuvo mayor problema al ser la nieta consentida.

Santiago envidiaba la decisión contundente de Renata de no haber cedido a la presión de sus padres, que querían que estudiara una carrera universitaria como cualquier niña decente. Los padres de Renata eran de lo más prejuiciosos y no podían dejar de pensar en drogas y sexo cuando mencionaban la palabra "artista". Santiago estaba aún en el dilema de qué hacer con su vida. La presión de su padre era fuerte para que estudiara derecho como él. Alguien tenía que continuar con los esfuerzos que había emprendido en su carrera profesional y el despacho iba creciendo cada vez más. El padre de Santiago sabía que sólo la inclusión de un miembro de la familia como futuro socio, le garantizaría su patrimonio que había forjado con tanto empeño.

En las mañanas acudía ansioso a su taller de fotografía. Después, por lo general, iba a buscar a Renata para comer algún *croque monsieur* o una *baguette* untada con deliciosas *rillettes* de puerco o pato, y la acompañaba de vuelta a su escuela que era de todo el día. El resto de la tarde, Santiago ponía en práctica las nuevas técnicas que había aprendido y fotografiaba todo lo que se le presentaba. Por primera vez se dio cuenta de que los

paisajes y la belleza de París y sus calles no eran lo que le atraían, sino más bien los lugares comunes de cualquier ciudad, sus desechos y partes oscuras. Era también esa melancolía lo que lo unía a Renata. A la mañana siguiente de aquella primera noche de pasión desenfrenada, cuando el sol le pegó en la cara debido a que Renata no tenía cortinas en el gran ventanal entrecortado bajo el cual se encontraba la cama, Santiago se sorprendió al ver los colores ocres y opacos de los lienzos de Renata. Ningún color vivo tenía cabida en esos óleos.

13.

Lucía nunca se imaginó que su vida llegara a ser tan aburrida. Como una esponja de mar, se fue secando hasta quedar tan frágil como el polvo. Desde niña su mente nunca descansaba y aún en sueños creaba historias que sólo la pluma y la cámara podían saciar. Por eso decidió estudiar cine, la idea de ser un Dios, no sólo en el papel, sino en la pantalla, la excitaba. El cine se prestaba para todo: filmaciones secretas en cuartos de hoteles, drogas al por mayor, fiestas interminables en dónde por un instante las barreras sociales parecían borrarse. Y ahora ella, atrapada en la triste película de su vida, para colmo, en una película hollywoodesca en dónde todo parecía fácil y perfecto, pero en dónde la heroína, a diferencia de las barbies *Louis Vuitton*, se sentía como un verdadero trapeador. Claro, pensó Lucía al salir de casa de su amiga, todas nosotras hemos caído bajo, bajo en serio.

Conoció a Jorge por casualidad, él nunca debió estar ahí, pensó. Era el amigo *yuppie* de Fernando, un compañero de clase en la universidad, su cómplice perfecto. Lo recuerda bien, era el único que vestía una camisa a cuadros y pantalones kaki, con sus mocasines bien lustrados y calcetines de cocoles.

- ¿Qué hace ese hijo de papi en esta fiesta? ¿Se le habrá perdido su princesita dorada?, pensó Lucía cuando lo vio por primera vez recargado en la pared.

Nunca se imaginó que la princesa dorada iba a ser ella, y que Jorge no era ningún tonto para darse cuenta de que detrás del poncho de lana estaba la niña fresa que estaba buscando.

- ¿No me digas que estudias con esta bola de pandrosos?, le dijo al oído mientras le ofrecía una cuba. Fernando ya me había hablado de ti.

Lucía cayó redondita, como una bola de papel que cae directo al bote de la basura. No entendía cómo pudo suceder todo tan rápido: los clásicos *dates* en los restaurantes de moda; el encuentro con los padres, los suyos no podían estar más contentos al ver que su princesita traía por fin a la casa a un muchacho decente, de familia co-no-cida, como enfatizaba su madre; el brillo de una felicidad prometedora en el dedo, los preparativos de la boda.

Unos años más tarde, más preparativos, pero no de flores, invitaciones y menús, sino de pañales, biberones y colchas, como esas colchas que le había tejido la abuela, suaves, muy suaves.

Ese día Lucía se levantó de muy buen humor. Era como si algo hubiese sucedido en sus sueños, se sentía otra, transformada. En el desayuno, Jorge y sus tres hijos la observaban atónitos. Los regaños usuales habían desaparecido al igual que las malas caras y las muecas de hartazgo total y de insatisfacción ante la vida. Lucía sonreía y hacía comentarios positivos. Dejó a sus hijos en la puerta del camión de la escuela y salió a su trabajo. Ella misma no comprendía qué había pasado. Intentó recordar sus sueños. Acaso habría tenido una intensa fantasía erótica y eso la habría regenerado, no era raro considerando que Jorge y ella llevaban meses sin hacer el amor.

- Maestra Tieste, le recuerdo que tiene una cita a las once de la mañana, le interrumpió su secretaria.

Lucía estaba soñando despierta, su mirada perdida hacia la ventana. En la junta no pudo concentrarse e intentaba pensar en lo que le había sucedido. De regreso a su casa antes de la hora de la comida, en pleno tráfico, de pronto pensó: debo tomar unas vacaciones, irme fuera, sola. Se imaginó que eso era lo que le había sucedido durante la noche, había soñado con un encuentro consigo misma, huir de todo, de su familia, de su esposo, del trabajo, relajarse, no pensar en nada más que en una buena siesta y respirar otro aire. Pero, ¿A dónde iría? De pronto, recordó la imagen de una hamaca tendida en una terraza, bajo unos arcos, un rincón perfecto. El año pasado había estado en Uayamón, una antigua hacienda cerca de la ciudad de Campeche, en una convención del trabajo. El lugar era precioso, y sobre todo tranquilo, ahí quería volver. En aquella ocasión no había podido disfrutar del lugar, ya que se la pasó en una sala de juntas todo el día, pero recordó aquella hacienda, ahora convertida en un hotel de lujo.

- Me voy de viaje Jorge, dijo mientras empacaba algunos vestidos de lino y algodón crudo.

Jorge dejó de teclear su *blackberry* y miró a Lucía con desconcierto.

- Otra vez tu trabajo, en serio que tú no sabes cuales deben de ser tus prioridades.

Lucía prefirió no dar la explicación de que se trataba de un viaje de puro placer, o más bien de liberación de todos y sobre todo de él, esa necesidad imperiosa de

encontrarse consigo misma, de perderse en los abismos que ofrece la soledad. Toda su vida había tenido que dar explicaciones, y esta vez decidió no darlas, como si supiera en el fondo que aquel viaje le tendría escondido un secreto que habría que preservar a toda costa.